

¿ME
GUARDAS
EL SECRETO?



LARRÚ

[PREFACIO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[Nota](#)

¿ME GUARDAS EL SECRETO?

Larrú

Obra registrada y protegida. Todos los derechos reservados.

*Un guardián escruta la noche en silencio, uh, uh, uh...
Ve una sombra que se desliza y se vislumbra a través de
la luz de la luna.*

*Es el fantasma de Butrón que, como cada día y cada
noche, deambula...
con pesar y honda resignación... por el que antaño, fue
su fortaleza y hogar...*

PREFACIO

Cuando el único miedo que sintió de verdad fue el vacío, el silencio, la invisible soledad, a lo que se aferró fue a su hogar y allí regresó. Como un fantasma para la eternidad.

Durante mucho tiempo, Don Gonzalo Gómez de Butrón, maldijo su muerte que le había convertido en un espectro errante entre las paredes de las que antaño, había sido dueño y señor. Sin embargo, su orgullo le impedía abandonar aquel sitio, su hogar, porque él era el legítimo propietario, había pertenecido a su familia siempre. Además, un alma guerrera y violenta como él, estaba condenada para la eternidad, por toda la sangre derramada que había perpetrado, su muerte y derrota suponía el dictamen de Dios.

Sucedieron años, lustros, décadas, siglos y todo a su alrededor cambiaba, excepto él. El lugar fue remodelado, obra de la que quedó gratamente impresionado. y que, aunque no hubiera sido así, se hubiera resignado como al resto de las cosas. Ya nada estaba en sus manos, bajo su poder, su existencia se había transformado insignificante y carente de sentido.

Hasta la noche que apareció aquel hombre por el castillo de Butrón. Llevaba aquellas vestimentas negras como había

visto en otros con anterioridad sin embargo, irradiaba más luz que cualquiera de las otras personas y ese influjo provocó que se fijara en él. Caminaba con aplomo y mostraba el semblante de quien poseía linaje, empezó a seguirle con cautela y tratando de averiguar más detalles de él. No en vano, él era el Señor de Butrón y debía conocer a quién entrara en su territorio. Un día confirmó sus suposiciones cuando le vio quitarse el ropaje oscuro y descubrir que llevaba dibujado un lobo a la altura del corazón. Como los que mostraba el escudo de armas de los Butrón.

Trató de llamar su atención, gritándole con voz tosca y grave un "eh" que murió como eco en el vacío. En otra ocasión, intentó hacerle caer en una especie de zancadilla y le traspasó en su invisibilidad. Pero hubo una vez, que aquel hombre por fin le descubrió y ocurrió cuando vio el reflejo de su espectro en un espejo. Sabía que le había visto, por cómo sus ojos le escrutaron y la sorpresa que mostró su rostro al girarse y no encontrar a nadie detrás de él.

CAPÍTULO 1

El monumental Castillo de Butrón, ahora lugar de visita turística, a esas horas tan tempranas estaba desierto o casi, la única persona que deambulaba por sus antiguos corredores era Urtzi Garai, uno de los vigilantes del sitio, que terminaba en poco menos de media hora su turno de la noche. Tras cruzar la última puerta antes de llegar al puesto de mando, se asomó por una de las ventanas y vio que su compañera estaba aparcando.

La contempló mientras salía de su viejo Renault Mégane y atravesaba el patio dirección a la puerta de entrada. Debía reconocer que era guapa, le recordaba a Angelina Jolie, pero era antipática o tímida, no sabría definirla. Desde el primer día que empezaron a trabajar allí, Maialen llegaba a su turno, intercambiaban un saludo de cortesía, Urtzi le comentaba si había ocurrido algún incidente y nada más. Luego él se marchaba y hasta el día siguiente.

Urtzi continuó hasta el despacho para hacer el informe nocturno y esperar que llegara ella. Una vez hecho el trabajo rutinario, pensó en lo a gusto que iba a ser meterse al fin en la cama, últimamente no dormía muchas horas y estaba muy cansado. Cerró los ojos por unos instantes hasta que un golpe en el hombro le hizo abrirlos de golpe. Maialen le miraba con

cara de burla, frente a frente.

—¿Así es cómo trabajas tú? Así que luego tenemos una fama... —le espetó Maialen.

—Perdona —dijo y añadió mirando su reloj—. Pero mi turno ha acabado hace un par de minutos.

Ella se limitó a mirarlo de arriba abajo, le dio la espalda e inició sesión en el ordenador. Urtzi gruñó y la observó por detrás. Tenía unas curvas muy bien delineadas, si no fuera tan borde... Esta vez él le tocó un hombro:

—Para la próxima vez, despiértame con un poquitín más de suavidad.

Maialen se quedó perpleja. Sus ojos negros le miraron con inquisición y ella se percató de que su compañero moreno y de pelo corto era realmente atractivo. Urtzi también la escrutó con la mirada. Estaban casi a la misma altura, los ojos de ella centelleaban, los tenía tan abiertos que parecían querer salir de sus órbitas.

—¿Crees que podrás? —insistió con sonrisa burlona.

—¿A qué te refieres? —se calló unos segundos y añadió—. ¿Tal vez con un beso en los labios cual princesa de cuento?

Urtzi se sonrió, después de todo la chica tenía chispa.

—No creo que te atrevieras.

Maialen se rio y con un movimiento rápido, le cogió por los brazos y le plantó sus labios en los de él. Tardó unos instantes en separarse.

—Bueno, ahora ya sabes que sí, princesa —advirtió ella.

Urtzi se había quedado sin habla y ella sonreía ampliamente.

—En todo caso, príncipe, ¿no?

La chica asintió. Él se acercó a ella con lentitud notando cómo a ella se le aceleraba la respiración. Ella estaba desconcertada, eso le gustó. y se acercó aún más, como si fuera a besarla él esta vez.

—Hasta mañana, princesa, aquí te quedas en el castillo encantado.

—¿Tiene fantasmas?

Urtzi se apartó de ella un poco y tardó unos segundos en contestar:

—Nunca se sabe...

Maialen se separó del todo de él y se sentó delante del ordenador. Urtzi comprobó que ella estaba roja y se marchó contento al vestuario. Su compañera no era tan arisca como aparentaba.

CAPÍTULO 2

Habían pasado un par de días desde el incidente del beso y no podía quitarse la osadía de Maialen de la cabeza. Era la tercera mañana desde entonces y él, en el breve lapso de tiempo en el que se cruzaban, la escudriñaba con disimulo. Se había dado cuenta de que tenía la costumbre de recogerse el pelo cuando se ponía el uniforme de trabajo porque al salir de su coche llevaba su melena castaña suelta que le hacía aún más atractiva.

Se fijó en cómo Maialen sonrió cuando leyó un mensaje que le había sonado en el móvil. Era natural, sin necesidad de forzarla. En ese momento se preguntó, no sin malestar en el estómago, quién la hacía sentirse tan feliz.

Tuvo que reconocer que en los dos últimos días se había demorado más de lo habitual en marcharse al vestuario. Improvisaba cualquier excusa sólo por estar cinco minutos más con ella, pero eran unos momentos que se habían convertido en imprescindibles. Aunque se mostraba agradable y le daba los buenos días con una sonrisa, mantenía las distancias con Urtzi. Cada vez se sentía más atraído por Maialen, tal vez por su actitud de “mírame pero no toques”. Estuvo tentado de quedarse un rato más e invitarla a un café de la máquina, estaba deseando hacerlo,

pero al instante se arrepintió y se marchó. Se dijo que era una compañera de trabajo. Y recordó además que, con su secreto, quién iba a querer tener algo con él.

CAPÍTULO 3

Maialen se dijo que estaba peor que tonta por haberse dejado convencer por su hermana Iria para que hicieran el medio maratón de Bilbao y además, en domingo. Para una semana que iba a disfrutar de vacaciones, el castillo había cerrado por obras y nuevos acondicionamientos, comenzarla corriendo hasta desfallecer no era su plan, en definitiva.

Lo que ocurría es que el año anterior le había prometido a su hermana que en el siguiente le acompañaría y no tenía ninguna excusa, más que la pereza que se le antojaba, para dejarla en la estacada.

—Ayer me mandó un mensaje Ane y me dijo que también se había apuntado —dijo Iria— Mira, por ahí viene.

Maialen miró hacia la amiga de su hermana y se quedó de piedra al comprobar que venía acompañada de Urtzi, su compañero de trabajo.

Cuando llegaron hasta ellas, Urtzi le regaló una sonrisa que a ella le produjo un cosquilleo en la boca del estómago.

—Anda que, el mundo es un pañuelo —dijo él.

—Y tanto —sonrió sorprendida por la coincidencia—. No imaginaba que te gustara correr.

—Ni yo a ti.

—¿De qué conoces a mi hermano? —les preguntó Ane.

—Trabajamos en el Castillo de Butrón, él hace el turno de noche y yo el de día —contestó Maialen.

Los cuatro se dirigieron hasta donde se agolpaba la gente tras la línea de salida. Había personas de diferentes edades y géneros, así que Maialen pensó, para animarse, que no sería ella la única que se quedaría rezagada. Urtzi se había puesto delante de las chicas, hablaba con otro chico al que parecía ya conocer de antes. Maialen le observó, la verdad es que tenía una espalda bien definida y su altura, calculó que andaría por el metro noventa, imponía respeto. La carrera comenzó y pronto se olvidó de su compañero de trabajo, bastante tenía con respirar y no ahogarse. Según avanzaban, Maialen notaba cómo su cuerpo iba aumentando de temperatura, a pesar de que el día era bastante fresco. Pronto quedó rezagada de los otros tres, eso ya sabía que ocurriría, ella no estaba entrenada, como mucho corría para coger el autobús o el metro y lo paradójico era que, trabajaba como vigilante de seguridad, si sus jefes la vieran en esa tesitura, tal vez se pensarían la validez de su contrato.

Un poco más adelante, Urtzi se le puso a la par y le dijo:

—Te van a ganar hasta las abuelitas.

—Mejor te callas —dijo entre resuellos ella, cada vez se sentía peor.

—No pasa nada si paras, a ver si te va a dar algo, tienes la cara que parece que vaya a explotar.

—¿Quieres callarte? —farfulló Maialen con una mirada intimidante.

Urtzi sonrió provocándola pero enseguida se desvaneció su gesto cuando vio que la chica se paró de repente y cayó al suelo. Reaccionó cogiéndola y llevándola con velocidad hacia afuera, lejos de la multitud.

Media hora después, Maialen se encontraba sentada en un banco de la acera, tomando una bebida isotónica y recuperándose poco a poco del sofoco que había sufrido. Urtzi estaba sentado al lado de ella y tecleaba en su teléfono.

—Estoy mandando un mensaje a mi hermana, para que sepan dónde estamos, estarán alucinando de no encontrarnos. ¿Te encuentras mejor?

—Sí, sí, gracias. — Maialen se concentró en la botella que sujetaba con una mano, la mirada de Urtzi le ponía un poco nerviosa.

—Para la próxima, deberías entrenar al menos un mes antes, es mi consejo.

—Buf, no creo, esto me ha parecido suficiente.

—Tampoco yo soy muy amigo de correr pero Ane no quería venir sola y me lio al final.

—Eso mismo me ha ocurrido a mí, tenemos algo en común, unas hermanas muy pesadas —reconoció Maialen.

—Por algo se empieza...

Maialen asintió con fingida ingenuidad y le dio un sorbo a su bebida. Notó que Urtzi la observaba y a ella se le resbaló la botella de las manos cayendo al suelo. Rozaron sus manos cuando quisieron recogerla al unísono y retrocedieron ambos de inmediato. Ella habló para cortar la tensión:

—Por cierto, ¿has visto al fantasma que habita en el castillo de Butrón?

—Eh... no... Sólo sé que el compañero que tuve antes de ti me la contó y según decía, él había oído ruidos como quejidos y a veces, pasos...

—¿En serio?

—¿En serio qué? ¿Qué hay un fantasma? Yo llevo un año pasando allí las noches de vigilancia y no he notado ni visto nada pero... quién sabe —dijo con voz seria para añadir seguido— buuuuuuuu.

—Qué tonto eres —dijo ella.

—Tú también estás allí, presta atención.

—Lo hago pero con la luz del sol no debe salir, Cualquiera día te pido un cambio de turno y lo hago, ¿qué te crees, que me da miedo?

En esos momentos aparecieron Iria y Ane, con los rostros sudorosos y quitándose los dorsales. Iria, con semblante preocupado, miró a su hermana cerciorándose de que estaba bien. Maialen se levantó y le dijo que quería ir para casa.

—Bueno, gracias, Urtzi, te debo una.

—Tranquila, no hay nada que agradecer.

Ella se acercó a él en un gesto de querer darle un beso, Urtzi se inclinó y se sorprendió cuando ella se lo dio, pero en los labios.

—Nos vemos, Urtzi —se despidió con el corazón latiendo a toda máquina y añadió—Ane, hasta la próxima,

venga hermana, vamos ya para casa, que necesito relajarme.

Cuando se habían alejado unos metros, Iria le preguntó por lo que acababa de presenciar.

—Le vacilo, sin más.

CAPÍTULO 4

Ese lunes de Abril amaneció con una mañana de sorprendente claridad. Maialen tenía las piernas doloridas de la carrera fallida y a pesar de que le había costado levantarse de la cama, estaba en pie, vestida para ir de compras. Quería comprarse pantalones nuevos y una chaqueta de piel de la que se había enamorado en una de las tiendas del Casco Viejo.

En cuanto salió a la calle, se puso las gafas de sol y se subió la bufanda hasta la nariz, echó a andar con rapidez para entrar en calor, cosa por la que sus piernas protestaron.

Le hubiera gustado que le acompañara Iria pero tenía que trabajar, ella y casi todo el resto del mundo. ¿Quién iba a tener vacaciones en esa semana más que ella?

Se conformó pensando en la chaqueta de piel que pronto estaría en sus manos. Pasó una moto negra brillante por la carretera y se quedó mirándola. "Guau, es muy chula pero tiene que estar pasando un frío el tío montado en ella." pensó con un escalofrío. Observó que se detenía un poco más adelante en un aparcamiento destinado a motos.

—Hola. —Maialen tardó unos segundos en darse cuenta que el motero se dirigía a ella.

Urtzi sonreía pasándose una mano por el pelo revuelto al

quitarse el casco.

—¿De paseo por la mañana? —comentó.

—De compras —puntualizó Maialen.

—Yo también, necesito unas zapatillas.

—Hay que aprovechar cuando se tiene tiempo libre, ¿verdad?

—Yo prefiero ir con la moto por ahí, que es lo que haré después.

—La verdad es que tu moto es genial, muy bonita.

—¿Te gustan las motos? —preguntó Urtzi.

—Pues sí, aunque nunca me he montado en ninguna.

—Eso tiene solución, si quieres te doy tu primera vuelta.

—Buf... —Maialen dudó— yo quería ir a comprar y además no tengo casco...

—Por el casco no te preocupes, voy en un momento a por él, vivo cerca. Lo de comprar, si no te importa dejarlo para mañana u otro día...

Maialen no estaba convencida de la propuesta hasta que de pronto sonrojada dijo:

—Venga, vale, aunque me da un poco de respeto.

—No te preocupes —la tranquilizó con mirada comprensiva—. Espérame aquí, tardo menos de diez minutos.

—Espero que no me de tiempo a arrepentirme.

Él se volvió y dijo:

—Confía en mí. —Y se puso el casco, montó y arrancó la moto, dejando a Maialen a la espera.

Como había asegurado, Urtzi estuvo de vuelta en breve con otro casco negro colgado de un brazo. Le ayudó a ponérselo y al instante estaban montados en la moto.

—¿Algún sitio en especial al que quieras ir?

—Umm, a Gorniz, a ver la playa ¿bien?

—Genial.

Urtzi se puso en marcha y enfilaron la salida de Bilbao en dirección a la costa.

Una vez allí, Maialen bajó del vehículo con gran satisfacción y Urtzi no podía estar más orgulloso, se metieron en un bar a tomar un café.

—¿Quieres comer algo, un donut, un bollo? —preguntó Urtzi a Maialen.

—Con un café con leche es suficiente. Luego se me quitan las ganas de comer y se me ocurre un sitio muy chulo para ir a hacerlo...

—¿Hay que coger la moto? —Urtzi aplaudió mentalmente, las expectativas con la chica crecían por momentos.

—Si, ya te diré luego, ¿vamos a ver el mar?

Tomaron sus cafés y salieron a caminar hacia el paseo. Urtzi dijo que si se atrevía a caminar por el borde del agua en la arena. Ella sin pensárselo demasiado, asintió y se descalzó.

Ellos dos y un par de jubilados eran los únicos transeúntes de la playa. El agua estaba helada pero tras los primeros momentos de contraste, continuaron andando con toda tranquilidad.

—Así que te ha gustado el paseo en moto, ¿no?

—Sí, he de reconocer que al principio iba muertita de miedo pero luego ya me he relajado.

—Lo he notado, al principio me tenías agarrado con tanta fuerza que casi me tenías inmovilizado...

—No será para tanto, con lo grande que eres.

—Me alegra que te haya gustado.

Cuando hicieron caminando la ida y la vuelta completa a toda la playa, se sentaron con las piernas cruzadas de cara al mar.

—Quién lo diría hace una semana... que hoy estaríamos aquí los dos —dijo Maialen haciendo un hoyo en la arena con los pies.

—Cierto, qué giros da la vida...y para bien —dijo él.

Durante unos momentos se quedaron callados contemplando el mar. A Maialen siempre le relajaba aquel ambiente mezclado de salitre.

—¿Y cuál es ese sitio que dices para ir a comer? —preguntó Urtzi cortando el silencio.

—Está en la carretera dirección Bilbao, te invito yo, ¿te gusta el pollo asado?

—Por supuesto, que me gusta el pollo y bueno, lo de invitar vale, aunque con el sueldo que tenemos, el pollo y una ensalada pero nada más, jajaja.

—Ahora que lo dices, ¿cómo es posible que con el sueldo que tenemos tengas coche y moto? ¿te pones a pedir a la puerta de la iglesia?

—Te contaré un secretillo —respondió acercándose a su oído— me tocaron veinte mil euros en una primitiva hace un par de años.

Maialen se dejó caer hacia atrás en la arena y dijo:

—Si me tocaran a mí tanto dinero, mi primer capricho sería ir a los Fiordos.

—¿Irías sola o acompañada? —preguntó acercándose mucho a ella.

— Acompañada.

—¿Me invitarías?

—Bueno, lo pensaría.

Él entornó los ojos y empezó a hacerle cosquillas.

—Vale, vale, para, sí, te invitaría...

Satisfecho, la ayudó a incorporarse y le sacudió toda la arena de la espalda y del pelo. — Oye, por cierto, ¿cuándo hacemos el cambio de turno? —dijo ella volviendo la vista hacia él—. Quiero descubrir al fantasma que habita en él.

—Pero que era una broma, Maialen —comentó un tanto incómodo—. Te ha dado fuerte con el tema.

—¿Y a ti qué mas te da?

Urtzi volvió la vista al mar y contestó en voz baja:

—Más de lo que yo desearía.

Maialen le hizo volver la cabeza hacia ella cogiéndole de la barbilla y girándosela.

—Por lo que veo, una broma no parece que es...

—No, no lo es. Hay un secreto de mí que me da tanto miedo que lo he escondido en lo más profundo de mi mismo.

Lleva tanto tiempo dentro que creo que se ha hecho muy grande y por momentos me ahoga, me aprisiona, me carcome. Creo que debo expulsarlo, enfrentarme de una vez por todas al temor de salir dañado al revelarlo.—Ella le escuchaba con atención—. ¿Me guardas el secreto? ¿Puedo confiar en ti?

Maialen asintió muy seria, él dijo aún reticente:

—Es cierto que hay un fantasma en el castillo de Butrón, yo lo he visto en varias ocasiones.

Urtzi esperó a ver cuánto tardaba ella en levantarse de su lado y marcharse. Sin embargo, la chica se acercó más a él y dijo con naturalidad:

—Continúa.

Él la miró y le contó todo:

—Es un hombre, con una armadura cubierta de sangre y barro. Le veo reflejado en los espejos pero no le oigo, no le huelo ni le siento. A veces le he visto acercarse hasta mí y gesticula como queriendo decir algo pero enseguida su imagen desaparece y aún no he descubierto que pueda querer decir. La primera vez que le vi casi se me para el corazón porque creí que era algún ladrón que se había colado en el edificio. Ahora, sin embargo, me he acostumbrado a su presencia invisible y nada más.

—¿Nada más? Pero Urtzi, esto que me acabas de contar es muy importante —comentó Maialen.

—He confiado en ti, Maialen, todo lo que te he dicho es verdad, no lo he soñado —aclaró.

—Urtzi, te creo, de veras.

—¿No crees que soy un friki?

—Entonces yo soy tan friki como tú porque quiero ver a ese fantasma.

—Gracias por pensar que no estoy chalado.

Maialen le tomó la cara entre las manos y le besó con ternura. Se separaron un poco y ella le miró asintiendo. Sus bocas se encontraron, se exploraron, y se ofrecieron la una a la otra.

Mientras el mar, testigo inmutable y silencioso, contemplaba a la pareja que se comía a besos en la playa.

CAPÍTULO 5

El primer día de trabajo después de la semana de vacaciones, Maialen decidió quedarse, después de sus doce horas de turno, un rato más con Urtzi, estaba decidida a encontrarse con el fantasma de la armadura. Cuando éste llegó a la garita de vigilancia, le contó lo que quería hacer, a lo que Urtzi contestó que el espectro no todas las noches hacía su aparición.

—Bueno, al menos estaremos un ratito juntos.

Habían estado toda la semana anterior quedando pero no era nada serio, con el trabajo que tenían qué relación podrían sostener, se dijo Maialen. Sin embargo, habían sido unos pocos días en los que se había sentido muy a gusto con Urtzi.

Urtzi se acomodó en la silla frente al ordenador y se quedó en silencio.

—¿Te pasa algo? Estás serio —se colocó detrás de él y le puso las manos sobre los hombros.

—Es el primer día de curro, no tengo ganas.

Maialen le rodeó con un brazo y le dio un pequeño beso en la mejilla.

—Tranquilo en un rato se va pasando el bajón, a mí me ha pasado igual esta mañana.

—Si, bueno...

—Oye, si es porque lo de quedarme un rato más y te molesta...

—No, no es eso, venga vayamos de ronda, vamos a ver si hoy tiene ganas de fiesta el inquilino invisible.

Comenzaron el recorrido en silencio. Maialen miraba de reojo a Urtzi, se notaba que algo le andaba dando vueltas a la cabeza.

—Oye, mira, algo te pasa fijo, ¿me lo vas a contar?

—Estoy un poco plof, eso es todo.

—Buf, mira que te haces de rogar.

—Me incómoda hablar de eso contigo, es sobre esto del fantasma y sobre mí.

Maialen no le miró para que continuara hablando y no se sintiera cohibido.

—No es la primera vez que veo a uno de esos...

—¿Ah no? —preguntó sin girarse.

—No... cuando murió mi abuela paterna, en su funeral la vi, se acercó hasta mí. Yo era un crío y ni siquiera me asusté, tan solo me quedé quieto. Ella sonreía y creo que por eso no me dio miedo. Movía la boca, creo que para decirme algo pero no oía nada. Luego desapareció. Nunca a nadie se lo había contado, pensaba que me iban a mirar raro, sin embargo contigo...

—Puedes estar tranquilo porque se me da muy bien guardar secretos, si no habla con mi amama*. Es más, ella me dijo que iba a trabajar en un lugar muy especial y que iba

a tener que ayudar a alguien en un asunto muy importante.

Urtzi se paró en seco y la miró con ojos interrogantes.

—¿Tu amama te dijo eso? ¿Y qué significa?

—El lugar es este castillo y la persona a la que tengo que ayudar eres tú. La amama es un poco bruja o curandera, si te suena mejor. A ella le pasa como a ti, ve fantasmas pero es que además habla con ellos. Sin embargo, los que la hablan en primera instancia son espíritus bondadosos del Más Allá que le piden que ayude a otros que andan perdidos y no encuentran la paz para abandonar el mundo de los vivos.

—Pero has dicho al principio que a quién tienes que ayudar es a mí y que yo sepa no soy uno de esos fantasmas, ¿no? —se miró y se palpó mientras lo decía.

—No, no, con esos besos que das como para serlo...—ella tragó saliva un poco ruborizada y añadió— a lo que iba...tengo que ayudarte a que tú hables con el fantasma que hay en este lugar y consigas que encuentre lo que busca y pueda marcharse de aquí. Venga, sigamos la ronda.

Retomaron el paso.

—¿Y cómo vas a conseguirlo?

—Pues para empezar logrando que salga cuando yo estoy cerca de ti, hay que ganarse su confianza. Luego la amama nos ayudará.

—Sigo sin comprenderlo...— Sin embargo, se calló, optó por no insistir, demasiada información en un momento.

Se mantuvieron callados durante unos minutos, hasta que Maialen dijo en voz baja y como de pasada:

—Hasta hace unos años yo creía que mi amama tenía algo en la cabeza que no le funcionaba bien.

—¿Y qué te hizo cambiar de opinión?

—Fue cuando mi aitite* murió. La víspera de fallecer estuve con él a solas y me dijo que no dejara sola a la amama, que ya estaba muy mayor y estaba empeñada en seguir haciendo lo que siempre había hecho y ya no podía estar al cien por cien. "Se cree que aún tiene las energías de cuando era moza, cualquier día se cae o tropieza cuando va en busca de sus hierbas al monte." Le pregunté cómo sabía que era cierto que ella pudiera ver fantasmas y él contestó que cuando viera a Hamar, el pastor alemán que tenían, ladrar al aire y colocarse muy cerca de ella es porque había alguien más allí que sólo ellos dos podían ver.

—¿Y así ocurre?

—Sí, varias veces los he sorprendido así y fue la última vez en la que los vi así, que me atreví a preguntarle si estaba acompañada... y lo estaba porque me mando callar con un dedo sobre la boca. Más tarde, me explicó que una de esas almas beatíficas le había pedido ayuda con el fantasma que pulula por este castillo. Me explicó que es el espíritu de Don Gonzalo Gómez de Butrón, dueño y señor de este lugar allá por 1400, murió en el campo de batalla. Aún cree que es el amo y por eso no abandona este mundo, sin embargo, la amama me ha dicho que la clave para que lo haga está en ti y sin verte, te describió a la perfección.

—Como comprenderás estoy flipando.

—Imagino, pero también ya te sentirás un poco menos agobiado con este tema, ya ves que no eres el único.

—Sí, verdad. Por cierto el señor no está por la labor de aparecer por lo que se ve...

—Será porque voy contigo, hay que tener paciencia.

Empezaron a bajar por un pequeño tramo de escaleras que daban al exterior y de pronto, Maialen gritó y cayó todo lo larga que era hacia adelante. Se oyó un fuerte maullido, Urtzi vio que un gato blanco trepaba a toda velocidad por la pared huyendo.

—¿Estás bien?

—Buf creo que me torcido el tobillo, Urtzi. ¿Era un gato, no?

—Sí, no sé de dónde habrá salido, ¿te duele mucho?

—Sí, ayúdame a levantar.

Urtzi la cogió en volandas y la llevó con paso apresurado a la garita de seguridad. Tenía el tobillo muy hinchado cuando la depositó en la silla. Él la miraba preocupado.

—Deberías llamar a alguien, para que venga a buscarte y te lleve al hospital.

—Si, a mi hermana—dijo mientras cogía el teléfono y le daba a llamar.— Sonríe, hombre, tranquilo, seguro que sólo es una simple torcedura, ha sido mala pata, nunca mejor dicho... Gracias por traerme en brazos...

—No tienes nada que agradecer, no podías andar.

—Ya bueno, pero no por eso tiene menos importancia.

A los veinte minutos, Iria recogió a su hermana y se

marcharon. Urtzi le hizo prometer que en cuánto llegaran después a casa le mandara un mensaje, las dos horas siguientes se le hicieron eternas esperando noticias y por añadidura, dándole vueltas a lo que le había contado Maialen que parecía del todo surrealista. Por unos instantes quiso olvidarse de ello para siempre pero no podía. No podía.

Mientras tanto, el fantasma de Don Gonzalo, que había observado el incidente, se sonreía satisfecho, el muchacho tenía el aplomo de un buen caballero.

*Amama: abuela en euskera.

*Aitite: abuelo en euskera.

CAPÍTULO 6

A la mañana siguiente, Maialen sonrió cuando abrió la puerta de su casa y vio a Urtzi en la entrada, ya le había avisado de que la puerta del portal estaba averiada y que podía entrar sin llamar. Traía en la mano una bandeja envuelta con el papel de la pastelería de abajo del edificio. Estaba despeinado, algo que le pareció irresistible.

—Qué rápido has llegado, has dado a la primera con la calle —indicándole que pasara adentro.

—Sí, ha sido fácil, además tu vecina me ha corroborado que vivías aquí.

—¿Cuál de ellas?

—La que tienes puerta con puerta.

—Ah, vale, cuando me cruce con ella, me hará un buen interrogatorio, verás, pero me cae bien.

—¿Qué tal has pasado la noche?

—Algo he podido dormir, pero en cuanto se me ha pasado el efecto del analgésico me he despertado. Iba a desayunar para volver a tomarme algo para este dolor. Menos mal que tan sólo es una contusión.

—Si, una contusión pero fuerte, es normal que te duela. Venga, siéntate que te he traído bollos de mantequilla, espero haber acertado —dijo.

Maialen le miró con ternura.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

—Nadie ha tenido un detalle tan bonito conmigo hasta ahora —explicó.

A Urtzi le encantó oír aquel "nadie". Eso significaba que no había ningún chico importante en su pasado, al menos no tanto como para haber pasado parte de su vida con alguno de ellos. Los dos desayunaron en silencio. Cuando terminaron, Maialen le dijo que fueran a la salita a sentarse en el sofá.

—Mi piso es pequeño pero también el alquiler y eso es lo que vale —dijo ella y añadió— mi hermano mayor Gorka, que es un manitas, me ha ayudado mucho, me lo pintó, arregló los enchufes,... la verdad que me ahorré mucho dinero.

—Ya me gustaría a mí encontrar algo así, tengo ganas de dejar la habitación de casa de mis padres, me gusta tu piso.

—Gracias, oye voy a poner el pie en alto, ¿vale?

Urtzi asintió y le cogió con delicadeza el pie magullado poniéndolo sobre sus piernas. —Imagino que estarás muerto de sueño, a estas horas ya estarías durmiendo.

—Sí, bueno, da igual. ¿Has llamado al jefe para avisar que estás de baja?

—Sí, antes de que llegaras tú, ya habrá mandado a alguien en mi lugar, digo yo.

Ella cerró los ojos y él aprovechó para contemplarla. Estaba muy guapa con el pijama que llevaba puesta de los

Minions.

—¿Apareció el fantasma? —preguntó ella sin abrir los ojos.

—No.

—Tal vez al estar yo, no quiso... Cuando me recupere, hay que volver a intentarlo. El médico me dijo que una semana de reposo, supongo que será suficiente.

—No te preocupes ahora, que el fantasma no se irá, o eso fue lo que entendí anoche, ¿no?

—Espero que sea hombre...

—¿De qué hablas ahora?

—Que igual mandan a un bombón de portada de playboy como sustituta mía.

—Prefiero a mujeres más reales, como tú, por ejemplo.

Maialen sonrió con los párpados cerrados.

Urtzi, entonces, le masajeó la pierna que aún reposaba sobre él. Ella amplió aún más su sonrisa. Su mano, con osadía, se metió por debajo de la pernera del pijama y acarició la piel de ella, notó cómo se erizaba la pierna. Maialen abrió en ese momento los ojos y se apartó con cuidado. Durante unos instantes se miraron y, como si el tiempo se hubiera ralentizado, comenzaron a acercarse hasta rozar sus labios y darse un beso lento y milimetrado.

Urtzi se deslizó sobre el sofá y, con cuidado, echó a Maialen sobre él. Mientras se besaban, las manos de Urtzi bajaron por la espalda de ella deteniéndose a la altura de las nalgas. Maialen separó los labios de los de él y susurró:

—Continúa...

—¿Y tu pie?

—Ya tendremos cuidado.

Zanjadas las dudas, continuaron besándose con intensa sensualidad. Ella comenzó a desabrocharle los botones de la camisa para descubrir el pecho y acariciarlo con sus labios, un tatuaje a la altura del corazón llamó su atención.

—¿Es un lobo?

—Sí...

Maialen besó el dibujo trazado sobre su piel y extendió una mano sobre él. Notó como el tórax de él se agitaba y cómo caían sus dos cuerpos en posición completamente horizontal sobre el sofá. Urtzi se vio atrapado con ella sobre su cuerpo pero la chica enseguida se separó de él.

—El pijama sobra, ¿no crees?—comentó en voz baja Maialen.

Urtzi suspiró y se desnudó también. Antes de inclinarse sobre él le preguntó:

—¿Tienes preservativo?

Él negó con consternación.

—Creo que tengo alguno yo, espera... —y se marchó medio cojeando en busca de ello.

Cuando regresó, él con voz nerviosa se justificó:

—Yo... es que no pensaba que llegaríamos hasta aquí, hace tanto tiempo que no estoy con nadie...

—No pasa nada, tengo yo... —dijo ella sonriente mientras se lo colocaba con suavidad.

Urtzi también sonrió más relajado y la atrajo de nuevo hacia él, agarrado a sus caderas para adentrarse en ella. Maialen llevó el ritmo hasta que él le susurró que no podía aguantar más y ella, incrementando sus movimientos, logró que ambos se contrajeran el uno con el otro, con apenas instantes de diferencia. Se abrazaron fuerte hasta recuperar la respiración equilibrada.

—¿Cuándo te hiciste el tatuaje del lobo?—susurró ella.

—Cuando cumplí dieciséis años, me lo pagué con lo que llevaba ahorrado desde los catorce.

—Lo tenías muy claro...

—Tuve un sueño, en el que iba caminando por un sendero entre árboles y matorrales, en mitad del camino apareció un lobo, me miró y aulló para después meterse entre la espesura del bosque. Traté de seguirle pero me desperté y busqué en internet el significado de soñar con un lobo. Me identifiqué con aquella interpretación y decidí que un día me lo tatuaría.

—¿Y qué simboliza?

—Representa a un ser solitario con el orgullo y confianza de haberlo decidido así. También la sabiduría de mantenerse o salir de cualquier situación con astucia. El aspecto negativo es su violencia, rebeldía, su alma guerrera.

—¿Y así te consideras tú?

—Pues... sí, en lo bueno claro... hasta que tú me pillaste in fraganti con un beso y has logrado que te cuente mi secreto...

—Encontré tu punto débil.

Urtzi se removió bajo el cuerpo de ella lo que provocó que la chica se recostará a un lado mirándole a la expectativa:

—Tienes que marcharte, ¿no?

—No tengo nada que hacer hasta las nueve de la noche.

—Bien, yo tampoco más que reposar mi pie, ¿te vas a quedar?

—Sí, durmamos—dijo Urtzi satisfecho y abrazándola con ganas.

CAPÍTULO 7

Cuando Urtzi llegó al castillo de Butrón y estaba cambiándose en el vestuario, se sonrió al oír el sonido de un mensaje de whatsapp recibido. Estaba convencido de que se lo había mandado Maialen.

Abrió el chat, en efecto, Maialen le decía que había sido un día perfecto, que era una lástima que se hubiera tenido que ir. En el segundo mensaje le pedía que estuviera atento al fantasma y le contara si había hecho su aparición de nuevo. En el tercero y último, le deseaba una buena noche de trabajo, sin sobresaltos y le enviaba una docena de iconos de besos. Por un par de minutos dejó el teléfono sobre el banco en el que estaba sentado y suspiró.

Estaba contento, le gustaba mucho Maialen pero, había un pero que ensombrecía esa recién estrenada felicidad. La intimidad que habían disfrutado aquel día había resultado muy cómoda, fácil, se habían pasado las horas volando pero el tema de los fantasmas que él había enterrado en lo más recóndito de su mente, lo había sacado Maialen a la luz y aquello le producía vértigo. Aún así, quería estar con ella de todas maneras.

Contestó a Maialen, tecleó:

—El día ha estado genial, espero repetirlo.

Ella contestó de inmediato:

—Puedes venir mañana cuando salgas del turno. A ver si ves al fantasma.

Urtzi:

—Vamos , que sólo te intereso por ese tema.

Maialen:

—Por ese y por más, ja, ja. ¿Vendrás?

Urtzi:

—Vale, iré, ¿llevo el desayuno?

Maialen:

—Sí y alguna cosita más... ya sabes... porque yo no tengo y no voy a salir ahora en busca de una farmacia de guardia, ¿no?

Urtzi:

—Ja, ja, vale. Que duermas bien. Un beso.

Maialen:

—Besos.

Urtzi cerró el whatsapp y suspiró, le hubiera gustado darle ese beso de verdad, en persona pero la realidad era que, en cinco minutos empezaba a trabajar. Guardó rápidamente todo en la taquilla y subió a ver al sustituto o sustituta de Maialen.

Resultó ser un chico y le mandó un mensaje a ella para contárselo, a lo que ella contestó:

—Vale, me quedo más tranquila, ya estaba pensando en sacar la porra... ;)

CAPÍTULO 8

Maialen llamó por teléfono a su amama, le preguntó qué tal se encontraba y la mujer contestó que bien, aunque las piernas se le cansaban mucho. La chica le recomendó que descansara más a menudo y que tuviera cuidado al salir por el monte. "A ver si te vas a caer, deberías llevarte el móvil por si te ocurre algo" le dijo.

—No te preocupes cielo, que estoy bien vigilada por Hamar, ya sabes que siempre anda cerca. ¿Y tú qué tal estás?

—He tenido un pequeño percance y tengo el tobillo magullado.

—¿Qué ha ocurrido?

—Un gato al que pisé, me hizo perder el equilibrio. Fue en el Castillo pero no estaba trabajando.

—¿Ah no?

—No, ya he hablado con Urtzi, amama, de su compañero invisible y todo lo demás. Cuando me ocurrió lo del pie estábamos juntos de ronda a ver si aparecía y no hubo suerte antes de caerme.

—Es difícil que salga cuando estés tú, debe coger confianza. Además es un alma muy, muy antigua y es mucho peso el que arrastra, muertes, agravios, venganzas, luchas de poder. Fue un hombre sanguinario y murió como vivió.

—Difícil tarea tenemos con él, entonces.

—No lo creas, tan solo hace falta hablarle y convencerle

que éste ya no es lugar para él, salir del estancamiento y ese chico lo logrará, porque así me lo han vaticinado los espíritus.

—Pero, ¿y cómo?

—Paciencia cariño. Volver a intentarlo cuando te repongas, encender alguna vela blanca, eso le inspirará confianza, no olvides que su mundo es de sombras y es Urtzi quién tiene que hablar con él.

—¿Y cómo ayudo a Urtzi? Le cuesta asumir toda esta historia como si pensara que está loco por hacerlo.

—La misma estrategia, infundirle seguridad, aunque la vela en este caso no te será de ayuda... tú sabrás —dijo guiñándole un ojo y añadió— usa tus talentos femeninos.

—Ay amama... qué brujita eres.

—Lo sé y tú, también eres un poquito, que para eso eres de mi sangre.

Maialen pensó que podía acostumbrarse a ver todas las mañanas a Urtzi llegar a su casa. También todas las tardes y todas las noches. Como había prometido, él llegó después de terminar el turno de vigilancia, traía consigo dos bollos de mantequilla y el otro encarguito especial que ella le había pedido. Fueron hasta la cocina donde ya estaba preparado el café y se dispusieron a desayunar.

Maialen estaba deseando saber si había visto al fantasma.

—Le he visto sí, reflejado en una de las ventanas del salón.

—¿Ha hecho algo diferente?

—No, tan sólo ha sido unos segundos y sonreía, o algo parecido a una sonrisa, entre el casco y la poca luz no he podido distinguir bien sus facciones.

—Bueno, tal vez le caigas bien. Yo tengo que contarte que anoche hablé con la amama.

—¿Del fantasma?

—Sí, dice que para darle confianza hay que encender una vela blanca y que le hables.

—¿Hablarle de qué?

—Por ejemplo, preguntarle para empezar quién es y así confirmar lo que ya sabemos.

—Buf, no sé, no lo tengo claro.

Maialen le agarró de una mano.

—Yo te voy a ayudar pero creo que tienes el coraje de sobra para hacerlo, ¿y ese alma de lobo que llevas dentro, qué? ¿ya lo has olvidado?

Urtzi suspiró hondo mientras terminaban el desayuno en silencio, en realidad tenía la valentía de hablarle a un fantasma, en peores situaciones se había visto, sin embargo lo que le alarmaba era el cariz que estaba tomando todo aquel asunto del espíritu. Él siempre lo había mantenido tan en secreto que le daba mucho miedo admitirlo y esperar a las inesperadas y negativas consecuencias de ello.

CAPÍTULO 9

A las tres de la tarde, Urtzi se despertó en la cama de ella, podía oír la televisión, ella estaría recostada en el sofá. Se demoró en levantarse. Le dolía la cabeza, había dormido a ratos porque se despertaba sobresaltado recordando al hombre de la armadura acechando sus sueños. Reconoció que estaba asustado pero no por el fantasma en sí, ¿qué podía hacerle alguien invisible? Si hubiera podido, había tenido tiempo de sobra para atacarle. Lo que le tenía en vilo era haber sacado a la luz que podía ver fantasmas. De momento, sólo lo sabían Maialen y su amama pero ¿y si éstas lo divulgaran con otras personas? Los secretos dejan de ser secretos cuando los cuentas y ellas podían hablar de aquello con alguien de confianza y a su vez, éste a otro y adiós a su intimidad. Como quién dice, acababa de conocer a Maialen, estaba muy a gusto con ella y le parecía que ella también pero no podía saber si, en el caso, de que no congeniaran y cada uno se fuera por su lado, ella no iría contando la historia del fantasma del castillo y del vigilante de seguridad que le podía ver. Pensó que no parecía esa clase de persona chismosa con incontinencia verbal, es más, enseguida se lo quitó de la cabeza pero lo que no podía desechar era que, lo mismo que aquella relación había comenzado sin casi

pensarlo, en cualquier momento podía venir el punto final.

Se incorporó de la cama y se quedó unos segundos mirando sus pies sobre la pequeña alfombra. Eso de que le tildaran de loco y le miraran raro le superaba y sólo de pensarlo le ponía de muy mal humor. Se dirigió hasta la salita, allí estaba ella mirándole con una gran sonrisa.

—Egun on*, ¿has dormido bien?

—No, a decir verdad, he dormido fatal —respondió con tono seco.— Creo que la cabeza me va a explotar.

—Será por la cama, que no estás acostumbrado. He preparado macarrones con tomate, come y te tomas un analgésico para ese dolor.

Urtzi se volvió de espaldas y se fue al cuarto de baño. Cuando regresó, encontró que Maialen le había llevado una bandeja con el plato de comida a la sala. Él en silencio, se sentó y comenzó a comer mirando a la televisión fijamente. Ella supuso que era todo producto del dolor de cabeza pero le molestó que ni siquiera dijera un simple gracias.

—La verdad que ese colchón debería cambiarlo, yo también, a veces, me he levantado con dolores—dijo sentándose a su lado.

Él dejó de comer y se echó para atrás en el sofá.

—El problema no es el sitio en el que he dormido. El problema son las preguntas que me están dando vueltas a la cabeza. Pongamos el caso que arreglamos el tema del castillo encantado y su fantasma, qué bien, un par de... ¿cómo podríamos denominarnos? los "ayudafantasmas", suena

genial, sí. ¿qué pasará después? ¿tendremos que ayudar a más? porque supongo que esto no va a acabar así. Lo de dedicarme a eso no me va, yo ya tengo mi vida y mi trabajo. A ti, por lo que parece, te encanta.

—Hablas como si esto fuera un juego de niños, tal vez, deberías hablar con la amama, ella puede ayudarte a comprender.

—¿Y si no quiero comprender? Siempre lo he tenido apartado de mis pensamientos porque si le daba importancia, me volvería loco y tarde o temprano, afectaría a todas las cosas de mi vida. Apareces tú y lo sacas a la luz. ¿Qué sé de ti? Muy poco, por no decir casi nada, no sé si puedo fiarme.

A Maialen se le humedecieron los ojos, no esperaba ese golpe bajo.

—Ya sé que tan sólo llevamos unos días conociéndonos, pero creía que habíamos conectado.

—Sí, bueno pero de ahí a saber si puedo confiar en que, si un día lo dejamos, tú no vas a ir propagando el tema de los fantasmas, hay mucho camino.

—A ver si lo entiendo, el problema tuyo es que crees que soy una cotilla y que me está faltando tiempo para vociferar a los cuatro vientos que eres la versión masculina de Melinda, la de *Entre Fantasmas*.

—Tanto como a los cuatro vientos no, pero si a tu círculo de personas cercano, que éstas a su vez, harán lo propio. Además menuda historia para contar, bien jugosa, un fenómeno.

—¿Tú crees que yo he ido aireando las historias de mi amama? Estás muy equivocado, si algo he aprendido hasta ahora en la vida, es a mantener a mi lado a las personas que quiero y aceptarlas como son.

—¿Ves? Lo acabas de decir, a las personas que quieres, yo no estoy en ese grupo todavía. Está claro.

—Te equivocas, porque aunque llevemos poco tiempo conociéndonos, a veces bastan instantes para descubrir a alguien especial. Supongo que sólo lo he sentido yo.

Urtzi se levantó del sofá y se puso el abrigo. No dijo nada porque se sentía avergonzado en realidad y no quería quedar peor aún.

Maialen, con lágrimas en los ojos, cogió la comida que él había dejado y con plato incluido fue al cubo de la basura. Había comprendido que él había puesto punto y final y que ella ya no podía hacer nada por continuar.

*Egun on: Buenos días en euskera.

CAPÍTULO 10

El resto de la semana, tanto Urtzi como Maialen no se volvieron a hablar ni a ver. Él fue al trabajo, a su turno de noche y después a la casa de sus padres. El fantasma de la armadura se le apareció todos esos días, movía la boca y gesticulaba, él trató de entenderle pero resultaba imposible. Tal vez, debería haber estado más atento a Maialen, es más, se sentía impotente y ella le había tendido una mano que había rechazado de malos modos. Sólo quería llegar a la mañana y dejarse caer en la cama, sin quitarse ni siquiera el calzado, dormir algunas horas y olvidarse de todo. Llegó el fin de semana y las dudas se habían apoderado por completo de él. Cogió el teléfono y llamó a Maialen, sin embargo saltó el contestador, así que le dejó un mensaje de voz, preguntando si podían verse. A lo largo del sábado y domingo, comprobó una y mil veces, la cobertura de su móvil, así como el estado que tenía ella en el whatsapp, llevaba sin conectarse desde hacía tres días. Su esperanza estaba en verla el lunes a las nueve de la mañana cuando él saliera de su turno, porque el médico le había dado una semana de baja. Cuando llegó la hora suya de salida, se presentó el mismo compañero de la semana pasada y Urtzi comenzó a impacientarse porque quería verla, hablar, tratar

de solucionar aquello. Decidió presentarse en persona en su casa, a pesar de que ella, a esas alturas, ya no quisiera saber nada de él. Pero tenía que intentarlo y allí llegó, la puerta del portal seguía sin estar arreglada y pudo ir hasta su piso sin impedimentos. Pulsó el timbre varias veces, sin contestación. En esos momentos, la vecina del piso de al lado salía de su casa.

—Maialen no está, chico.

—¿Se acuerda de mí, señora?

—Sí, ya me dijo el otro día que eráis amigos. Se ha ido a casa de su amama a pasar unos días, me contó que se había hecho daño en un pie y no terminaba de curar, así que iba a recuperarse con los cuidados de ella.

—¿Sería mucho pedirle que me diga dónde vive la amama?

—Ay hijo, la dirección no sé, te puedo decir que es un caserío a la entrada de Mungia, dice Maialen que es precioso con un huerto bastante grande. La amama se llama Karmen. Al principio dudaba en ir, porque el novio que tuvo hace un par de años vive es de ese pueblo y no quiere cruzarse con él.

"¿Un novio?" Urtzi frunció los ojos sin querer pero se dijo que era normal que tuviera un pasado sentimental.

—Si te lo he dicho es porque cuando me dijo que eráis amigos, lo hizo sonriendo—esas palabras le pellizcaron la boca del estómago—. Si no, no te digo nada.

—Gracias.

Apenas veinte minutos después, Urtzi llegaba a Mungia. Esperaba que Maialen, al menos, quisiera escucharle. Dejó el coche aparcado en el centro del pueblo. Al principio, echó a andar sin dirección establecida, intentando poner sus pensamientos en orden para no llegar ante ella y no saber por dónde empezar. La mañana había amanecido muy fría, tan sólo había tres grados por lo que decidió a entrar a un bar a tomar un café que le calentara las ideas y el cuerpo. Después, más animado, tomó dirección a la entrada del pueblo, ya había estado alguna vez que otra y sabía por dónde quedaba. No le costó encontrar el caserío ni a ella, se quedó a unos metros parado, observándola.

Estaba junto a una señora mayor, la amama, le estaba ayudando a ponerse un chal por los hombros y luego ella cerraba la puerta. Cogida del brazo de la nieta, comenzaban a caminar despacio hacia la calle. Un chico, que pareció por el lado opuesto de dónde estaba él, llegó hasta don de ellas dos. Le dio un beso a la señora y otro a Maialen que sonreía. Después, empezaron a caminar los tres. Urtzi sintió como si tuviera acidez en la garganta. Ese chico sería su ex y si dudaba en verle, sólo podía ser porque como decía el refrán "donde hubo fuego, cenizas quedan". Se sintió muy tonto por creer que podía haber algo entre ellos dos. Se dio la vuelta y empezó a andar a paso rápido de regreso a su coche, pediría cambio de puesto de trabajo, lo más lejos posible para que no pudieran llegar los chismorreos que hubiera de él. No había

andado apenas unos segundos, cuando una voz grave y masculina le llamo por su nombre. Él se giró, el chico que iba con Maialen le hacía señas para que se acercara.

CAPÍTULO 11

Urtzi tragó saliva, no estaba convencido de qué iba a decir, era una situación muy tensa.

—Hola Urtzi —le saludó ella mirándole directa los ojos—. ¿Qué haces por aquí?

Él se tranquilizó al ver que Maialen sonreía un poco.

—He ido después del trabajo a tu casa, la vecina me ha dicho que estarías aquí, en Mungia, con tu amama.

—¿Has ido a mi casa? ¿Para qué?

—Al no verte en el trabajo, me he preocupado.

—Tuve que ir el viernes al médico, el pie me dolía más que al principio y me ha prorrogado una semana más la baja.

—¿Estás mejor?

—Sí, gracias a los cuidados de mi amama.

Urtzi desvió la vista hacia la mujer mayor que le contemplaba con dulzura en los ojos.

—Amama, éste es Urtzi. Ya sabes —le presentó.

Ésta asintió y Urtzi se acercó a darle dos besos y luego, Maialen dijo:

—Y él es Gorka, mi hermano mayor, que también ha venido a los mimos de la amama y a cambio le va a arreglar la puerta de atrás del caserío que anda un poco mal.

Al oír aquello, Urtzi notó como si le quitaran una mochila cargada de piedras de encima.

—¿Qué hay, Urtzi? ¿Pensabas irte sin saludar?—dijo el otro ofreciéndole la mano.

—No seas bocazas, Gorka—dijo ella dándole un

manotazo en el brazo.

—Íbamos a hacer unas compras, ¿nos acompañas?

Urtzi dijo que sí y los cuatro se pusieron en marcha. Entraron a una carnicería en donde ya tenían preparada una bolsa y tan sólo tuvo que pagar Karmen. Gorka la cogió mientras hacía bromas con el de la tienda, a cuenta de una partida de cartas del fin de semana, haciendo que el otro se riera de buena gana. Maialen le explicó que su amama recogía el mismo encargo todas las semanas de carne, "cosas de estos mayores", dijo guiñando un ojo. Después fueron a una frutería y la amama pidió unas ramas de hierbabuena y menta a la dependienta, con la que se puso a hablar del tiempo que hacía que no veían a una de las vecinas de ésta.

—¿Para qué las quiere? —preguntó Urtzi.

—Muy sencillo, es para curar la torcedura del tobillo de Maialen —respondió Gorka—. Se prepara agua caliente con sal y se le echa las hierbas, después se mete el pie durante un cuarto de hora, así durante unos días. Ya sabes, remedios de la amama curandera.

Urtzi se quedó perplejo y vio que Maialen se reía por la cara que ponía. Gorka salió de la frutería, dijo que acababa de ver pasar a un amigo y tenía que comentarle algo:

—Ahora vuelvo, tardo cinco minutos.

Maialen se quedó mirando a Urtzi y tardó unos segundos en preguntarle en voz baja:

—¿Estabas preocupado por mí?

—Sí, te llamé y saltó el contestador, luego no has venido

a trabajar,...—vio que a Maialen le brillaban los ojos.

—Perdona —dijo ella dirigiéndose a la dependienta que estaba hablando— Amama, vamos a ir a tomar un café Urtzi y yo, Gorka viene ahora, ¿vale?

—Vale, cariño, cuidado con el pie. Urtzi, tú quédate a comer, no me hagas el feo. Luego os veo.

Urtzi asintió, de pronto le apetecía mucho conocer un poco más todo lo cercano a Maialen.

Salieron de la frutería y ella le llevó a una pequeña cafetería, en la que no había nadie más que una señora que atendía. Pidieron los cafés y se sentaron en una de las mesas.

—¿Entonces has pensado en mí? —preguntó ella en un susurro.

—Mucho —dijo él cogiéndole de una mano.

Se dieron un abrazo largo, sostenido y de reconciliación. La mujer que les acercó las tazas humeantes, les sonrió con complicidad cuando ellos dos se separaron, un poco avergonzados.

CAPÍTULO 12

Gorka observaba cómo Urtzi comía el plato de alubias rojas que la amama le había servido hasta casi rebasar el plato, con auténtico deleite, sin perder de vista divertido, a Maialen quien no le quitaba ojo al invitado. Ella habló de la moto que tenía Urtzi y éste comentó que la pasión la tenía desde niño porque a su padre también le gustaban y se había encargado de que el hijo fuera de la misma opinión.

—Tendrás ganas de acostarte unas horas, Urtzi, toda la noche trabajando y te has pasado la mañana dando vueltas... puedes quedarte aquí con toda confianza —comentó Karmen cuando terminaron de comer.

—Es buena idea —dijo Maialen.

—¿ Y dónde va a dormir? —preguntó Gorka por preguntar.

—En la habitación que suele usar Maialen. Urtzi, este caserío es la segunda casa de mis hijos y nietos, así que si necesitas cualquier cosa, pide que la habrá —dijo la amama con total naturalidad y añadió —. Hala, Gorka, ayúdame a recoger todo esto, que tu hermana tiene que enseñarle a Urtzi dónde está todo.

Urtzi estaba fascinado con Karmen, era una mujer amable y muy natural, desde el primer momento que le había visto, le había tratado como si le conociera de toda la vida. Le hacía

sentir muy cómodo, algo que le hizo tener remordimientos porque en un principio cuando Maialen habló de ella, se la imaginó casi con una verruga en la nariz y una escoba. Se sorprendió de sus ideas infantiloides.

La chica lo llevó hasta el cuarto de baño de la planta baja y en silencio le esperó. Cuando entraron en la habitación, se sentaron sobre la cama y se miraron en silencio durante unos momentos.

—Necesito hablar contigo, aclararte todo —dijo él.

—Bésame —Maialen se acercó a sus labios con exigencia—. Hay tiempo para todo.

El deseo de tenerse el uno al otro fue incrementándose hasta terminar sobre la cama haciendo el amor, con el deseo de recobrar algo que ya habían dado por perdido para siempre. Después se quedaron dormidos abrazados.

A las siete de la tarde, Urtzi abrió los ojos y comprobó que estaba solo en la habitación. No se oía ni un ruido. Se incorporó y decidió darse una ducha. Se dirigió hacia el baño atravesando el pasillo, cuando oyó unos pasos. Se giró, un pastor alemán le miraba con fijeza.

—Hey... colega...—dijo él con suavidad, trató de recordar el nombre del perro, ¿cómo dijo Maialen que se llamaba? —Ven, Hamar...

El animal se acercó y se dejó tocar. Urtzi le palmeó el lomo con suavidad.

—Veo que ya has conocido a Hamar y que os habéis caído bien—dijo Maialen que había aparecido de pronto.

—Eso parece.

—Será porque intuye que eres un lobo, ya sabes, el tatuaje y eso...—le puso la mano sobre la camiseta en el lugar donde se encontraba el tatuaje.

—Será...oye, ahora que lo pienso, antes no le he visto —dijo mientras le acariciaba la cabeza.

—Estaba en el veterinario, le ha ido a recoger Gorka.

—Iba a darme una ducha, ¿podría prestarme algo de ropa tu hermano?

—Creo que algo puedo dejarte, ahora vuelvo. Hamar, vete con amama.

El perro obedeció y desapareció por el pasillo.

Cuando regresó en un par de minutos, se duchó y Urtzi recordó que aún no había hablado con ella. Volvió a la habitación y allí estaba ella quitando las sábanas y colocando otras en la cama.

—Es una lástima que me tenga que ir en breve al trabajo —comentó acariciando una mejilla.

Ella le miró y guardó silencio, algo que incomodó a Urtzi.

—¿No vas a decir nada? —casi suplicó.

—¿Qué te gustaría oír?

Él dio un suspiro profundo, tiró de ella para sentarla junto a él.

—Está bien que guardes tu secreto, no es algo como para ir contándoselo a cualquiera —le dijo comprensiva pero añadió.— ¿Pero yo soy cualquiera? Suena tan despectivo...

Urtzi dejó la mirada al vacío. Se dio cuenta de lo mal que se había sentido Maialen.

—Eso duele Urtzi —recalcó ella, por si no le había quedado claro.

—Fue una reacción estúpida, lo siento.

—Lo sé, entiendo que no sepas manejar lo que te ocurre, tú solo... —lo tranquilizó.

Él no la dejó seguir, tomó la palabra.

—Es que es muy desconcertante todo. Lo de ver fantasmas me parecía algo tan surrealista que casi lo había hecho desaparecer de mi cabeza pero llegaste tú y lo sacaste.

—Yo no quiero que te amargues por eso, si es necesario lo volvemos a enterrar.

—No, creo que es hora de afrontarlo —afirmó—. Me alegro de haberte encontrado porque creo que eres la persona adecuada para ayudarme en ello. La mañana que discutimos, simplemente defendí mis sentimientos, ese lobo que dices llevo dentro sólo quería protegerse. —Tragó saliva y respiró hondo antes de continuar—. He de confesar que aún sigo asustado porque no sé lo que quieres tú.

Maialen le miró con detenimiento.

—Si no sentiría algo por ti tan fuerte aquí —dijo tocándose el pecho— No te hubiera hecho ni caso esta mañana cuando estabas en frente del caserío.

Él la estrechó entre sus brazos y durante un buen rato permanecieron así en silencio. Hasta que Urtzi se dio cuenta que en seguida tenía que irse a trabajar de nuevo al Castillo.

—Me quedaría con gusto pero debería marcharme ya para Butrón.

Maialen asintió y le dijo:

—Ven a la cocina conmigo, tendrás que comer algo o, al menos, llevarte un bocadillo y algo de fruta.

Se fueron hasta allí, en donde estaba la amama preparando la masa de un bizcocho de limón para meter a hornear.

—Es una lástima que no puedas probarlo porque está delicioso—dijo Karmen.

—Amama, ¿qué tienes por ahí para que se lleve Urtzi de cena? Se tiene que ir ya.

Karmen le dijo que fuera a la despensa que tenía en la parte trasera del caserío, allí había salchichón y queso.

Maialen salió de la cocina a por el embutido. Urtzi miró a Karmen, adivinaba que algo le iba a decir.

—No creas que no te entiendo, hubo una época en que yo sentí lo mismo que tú, odiaba ver fantasmas.

—Pienso que esto no va conmigo.

—Eso mismo creía yo, pero luego comprendí que no estaba en mis manos evitarlo y lo asumí. Fue liberador.

—Pero, ¿nunca has pensado que estás loca o enferma?

—Muchas veces, pero con los años aprendes a deshacerte de pensamientos que te hacen sufrir y no te llevan a ninguna parte.

—La verdad es que hablar contigo me tranquiliza.

—Puedes hacerlo cuanto quieras, ahora que os habéis

reconciliado Maialen y tú, imagino que nos veremos más.

—Claro.

—Por cierto, te voy a dar una vela blanca, te ayudará a comunicarte con el fantasma del caballero. Él quiere hablar contigo y los espíritus han dicho que tú concentras una energía tan pura que lograrás que pueda irse. Escúchale y luego, encuentra el modo de que te haga caso.

—Pero, ¿a qué te refieres con energía?

—Todos los seres humanos la tenemos, para que te hagas una idea es ese halo del que habrás oído hablar alguna vez, sólo que el tuyo es inmenso, también debe serlo el mío y algunas personas más. Lo que ocurre que al ojo humano es imperceptible, no así para los espíritus, además esa luz les da paz. Por eso es que, el fantasma del castillo se ha acercado a ti, tu fulgor le atrajo.

—Voy entendiéndolo, creo...

—Sé que llevas un lobo tatuado en el pecho, me lo contó Maialen, ¿sabes que ese animal ha sido considerado un símbolo de luz en muchas sociedades?

—Lo desconocía, yo me lo tatué por un sueño que tuve y otros símbolos que descubrí sobre él con los que me sentí identificado.

—De cualquier manera, ese sueño te reveló lo que eres, lo que portas, no lo olvides.

—Lo tendré en cuenta, Karmen.

—No te preocupes, lo harás bien. Al principio, yo quería que te hubiera acompañado mi nieta en esta labor, dos

energías suman más poder pero su pie tiene que recuperarse...

—¿Maialen también posee esa luz?

—Si, pero ya hablaremos de ello en otro momento, no lo comentes con ella, por favor. Ahora céntrate en lo tuyo, ¿de acuerdo?

—No te preocupes, Karmen, voy a hacer todo lo que esté en mi mano. Esta noche tendremos un cara a cara ese señor y yo, pero tenemos una conversación pendiente.

CAPÍTULO 13

Urtzi llegó al castillo de Butrón con todas las ganas que le había infundido la amama después de su pequeña conversación. La mujer había logrado que se sintiera cómodo con la idea de que, encontrarse con el fantasma no era nada malo ni anormal, si no un acto de ayuda y salvación. Se sonrió, un poco locos si que estaban, de todos modos.

Intercambió un breve saludo con el compañero que acababa el turno y se dispuso a hacer la primera de las rondas estipuladas. Sin embargo, no tuvo suerte. Se dijo que no había llevado la vela blanca que le había dado Karmen, la siguiente vez, la llevaría.

Cuando hizo una parada para comer el bocadillo de salchichón y queso que le había preparado Maialen, abrió el whatsapp, tenía un par de mensajes de ella en el chat.

"Espero que te vaya bien, me hubiera gustado estar ahí contigo." "No te olvides del lobo que llevas en tu alma."

Urtzi contestó: "De momento, el señor Butrón no ha dado señales. Vete a dormir ya."

Él terminó la comida, recogió todo y se dispuso a hacer otra vuelta de vigilancia, sin olvidar la vela blanca encendida.

Cuando llevaba parte del camino hecho, en mitad de uno de los corredores, sintió un aire frío que se levantaba y hacía

titular la llama de la luz. El instinto le dijo que no se encontraba solo pero continuó su marcha. Llegó al salón de la gran chimenea y paró unos instantes, mirando a la armadura que se hallaba en un rincón. A pesar de las dudas, habló con todas las fuerzas que reunió y agarró la vela con ahínco:

—No te veo pero sé que estás aquí, Señor de Butrón.

Una voz ronca y contundente habló a sus espaldas:

—Sí.

Urtzi se volvió, el fantasma en su armadura ensangrentada y llena de tierra le miraba frente a frente, a escasos metros, era alto y corpulento.

—¿Por qué me sigues?

—Eres un Butrón —dijo llevándose una mano a su corazón.

—Estás equivocado, no me apellido así —le corrigió él pero luego se acordó del tatuaje y dijo—. Hablas del lobo que llevo.

—Sí, como los Butrón.

Urtzi entonces recordó los lobos que figuraban en el escudo de armas de la casa Butrón y entendió la confusión del fantasma.

—Debes saber que no pertenezco a tu familia, desconozco si existe algún descendiente de ella vivo. Lo que si te puedo decir es que, si quieres estar con tu familia, aquí ya no es el lugar para encontrarla, está en ese otro lado al que debes ir...

—Aquí está mi hogar—dijo alzando la voz a la vez que el frío se acrecentaba en la gran estancia.

Urtzi, a pesar del escalofrío que le recorrió desde la base de la espalda, no se amilanó y le habló con firmeza dando un paso hacia adelante:

— Tu familia es tu hogar, esto es tan sólo donde vivías, tan solo entonces, Butrón.

El espectro blasfemó palabras que Urtzi no logró entender y dio otro paso más hacia él:

—En el otro lado está toda tu familia, ¿no quieres volver a verlos, a estar con ellos?

Urtzi sintió que la temperatura de la estancia se había templado.

—Dios me impuso su condena, el enemigo me mató y ganó, esto es mi castigo.

—Estás equivocado, no existe tal cosa, creías que no podías irte pero hubieras podido hacerlo cuando quisieras. Es más, ahora puedes, vete con tus seres queridos. Sé que te están esperando. Me lo han asegurado.

El fantasma se quedó callado y Urtzi se estrujó los pensamientos, no sabía qué más podía decirle. Recordó las palabras de Maialen, "no olvides el lobo que llevas dentro" y lo que le había comentado Karmen, de la luz que encarnaba el animal, así como de la energía que desprendían personas como ellos que calmaba a los espíritus.

Con los ojos cerrados, imaginó al lobo de sus sueños, entre los robles del bosque que había en los alrededores de al

lado del Castillo, con la cabeza hacia arriba, aullando y una luz que comenzaba a filtrarse entre las ramas de los árboles, iluminando un sendero que iba abriéndose paso entre hierbas y matorrales. El animal calló y comenzó a andar por el camino, entonces el caballero de Butrón apareció en la escena, con la armadura limpia y reluciente, siguiéndole. Por unos instantes, se giró, como si quisiera echar una última mirada atrás pero continuó sus pasos hacia adelante. Cuando ambos desaparecieron al fondo del camino, Urtzi abrió los ojos. El fantasma no se encontraba allí, aspiró con profundidad y apagó la llama de la vela. Luego se sentó, estaba cansado, notaba las piernas temblorosas. Se dio cuenta que había estado en una gran tensión, sobre todo cuando el fantasma estaba plantado a escasa distancia de él.

Volvió a la garita de vigilancia, aún quedaban tres horas y media para acabar el turno, Urtzi hubiera deseado también tener la capacidad de hacer avanzar al tiempo.

CAPÍTULO 14

Le abrió la puerta del caserío Karmen, muy sonriente, quién sin decir ni una palabra le abrazó con ganas.

Luego tomó la cara de Urtzi entre sus manos y dijo:

—Lo lograste, corazón.

—¿Ya lo sabes?

—Sí, Don Gonzalo Gómez de Butrón ha llegado con los suyos, al fin.

—Se me olvidaba que tú tienes amigos en el otro lado...

—dijo él riéndose de buena gana.

—Estarás agotado, ven conmigo a la cocina, siéntate.

Se acomodaron y Karmen le preparó un tazón de café con leche y un buen trozo de bizcocho de limón del que se había quedado con ganas de darle la víspera.

—Sí, la noche ha sido larga—dijo Urtzi.

—Además, después de cualquier encuentro como el que has tenido, en el que has usado mucha energía, el cuerpo se queda extenuado.

—La verdad que necesito dormir, no voy a hacerme el duro.

Por detrás de Urtzi, asomó Maialen que se lanzó sobre él y le abrazó por la espalda.

—Egun on—dijo él sonriente.

Ella se desprendió de él y se sentó al lado.

—¿Qué tal? ¿Has visto al fantasma?

—Sí y lo siento por ti...

—No entiendo...

—Digo que lo siento porque te vas a quedar con las ganas de verlo tú, ya se ha ido al otro lado.

Maialen le miró con los ojos muy abiertos.

—¿En serio?

—En serio, si no pregúntale a tu amama.

Karmen asintió, Maialen quiso saber cómo había ocurrido.

Urtzi relató el momento y ella no pudo evitar dar un pequeño aplauso al final de la pequeña historia. Justo en ese momento, le sonó el teléfono a él, dijo que era el que sustituía a Maialen en el castillo y lo cogió:

—Hola, ¿qué pasa?

Urtzi escuchó con atención y asintió.

—Bueno, gracias por avisar, menuda noticia —se despidió, colgó y miró a Maialen—. Vas a alucinar, acaban de estar los jefes en el trabajo hablando con este chico, se ha vendido el Castillo de Butrón a un particular y multimillonario. Curiosa casualidad...

—Hala...

—Esta tarde iré a recoger mis cosas, allí se ha acabado nuestro trabajo, imagino que te llamarán para que vayas tú también.

—Ire contigo. No me puedo creer lo justo que has andado.

—De ahí vienen las exigencias de los otros... ahora lo comprendo —dijo Karmen que se había sentado también a la mesa—. Ellos ya sabían lo que se avecinaba.

—¿A dónde nos mandarán ahora?—preguntó Maialen.

—Enseguida nos lo dirán, por eso no hay problema, de momento nos relajaremos. Mira, se me ocurre que si mañana sale el día bueno podemos ir con la moto hasta San Juan de Gaztelugatxe, ¿te apetece?

—Genial, ese es otro de mis lugares favoritos, hoy tengo cita con el médico, tengo el pie muy bien y me dará el alta, creo. Por cierto, que con esta noticia nos han cortado de lo que estábamos hablando antes... ¿Cómo te sientes ahora después de hacer avanzar a un fantasma al Más Allá?

—A parte de cansado, aún no lo he procesado... creo pero bien, me siento tranquilo, mis dudas han desaparecido, como el fantasma.

Karmen le dijo que debía ir a acostarse y recuperar fuerzas y energías. Maialen se levantó y se marchó para vestirse e irse a su cita con el médico. Cuando se quedaron a solas, Urtzi aprovechó para comentar a la amama algo que de repente le había venido a la cabeza:

—Karmen, tienes algo pendiente que contarme, ¿te acuerdas? Sobre Maialen...

—Verdad cielo, verás, Maialen también es como nosotros,

posee esa energía especial, sin embargo está latente en ella. Me explico, aún no ha tenido ninguna aparición, lo que quiere decir que todavía no es visible, atrayente, su luz. Los del otro lado me lo anunciaron cuando ella nació, así que en cualquier momento, ocurrirá. Por eso, yo quería que te acompañara, tal vez ella también hubiera visto al fantasma de Butrón.

—¿Y ella sabe eso?

—No, todo a su tiempo.

—Pero...

—¿Si te hubiera dicho alguien lo que tú ibas a vivir te lo hubieras creído?

—Desde luego, no.

—A eso voy, Urtzi, es mejor dejar que el tiempo muestre todo en su debido momento. Prométeme que mantendrás silencio respecto a esto.

—Puedes confiar en mí, Karmen.

—Gracias y ahora vete a dormir—le dijo dándole un sonoro beso en la mejilla.

Una vez tumbado en la cama, a pesar del sueño y cansancio que notaba, pensó en los últimos sucesos que había vivido, parecían de película. Sin embargo, se sintió relajado al haber soltado un pesado, oscuro y oculto lastre de su interior; orgulloso de cómo había ayudado al espíritu del castillo. Y sobre todo, feliz de haber encontrado a Maialen

quién parecía estar hecha para él. El sueño terminó apoderándose de él con la imagen de la chica en su mente y corazón.

CAPÍTULO 15

El paisaje desde la cima impresionaba, una merecida recompensa después de haber subido toda la escalinata de más de doscientos peldaños. Todas las veces que había ido hasta allí, Maialen se maravillaba ante la belleza de San Juan de Gaztelugatxe, una isla coronada por una pequeña ermita y que, aunque vieras imágenes, nunca podría superar a admirarla con tus propios ojos. De todos modos, hizo unas cuantas fotografías y selfies con Urtzi para el recuerdo.

—Tenemos que venir a ver un atardecer otra vez, ¿vale? —dijo Maialen apretando la mano que tenía cogida de él.

Urtzi le devolvió el apretón y sonrió. Dieron la vuelta a la ermita y vieron a una pareja tocando la campana, la cuerda estaba muy a mano para hacerla sonar..

—Dice la tradición que si la tocas tres veces, se te concede un deseo —comentó él.

—Yo sé otra versión, más de tu estilo.

—¿A qué te refieres?

—A que si tocas la campana tres veces, ahuyentas a los malos espíritus.

—Vaya, pues no me queda otro remedio que hacerlo. yo hoy no tengo ganas de conocer a nadie... —dijo entre risas y

preguntó—. ¿Eso te lo habrá contado Karmen, no?

—Acertaste, también me dijo que encerraron a muchas personas acusadas de brujería en las cuevas de este islote.

—La de historias que tendrá este sitio, la verdad es que nunca me canso de venir a verlo.

—Ni yo, venga, vamos a tocar la campana, ¿no?

—Venga, sí, ¿qué deseo vas a pedir?—preguntó Urtzi.

—No te lo voy a decir que entonces no se cumple—dijo ella cogiendo de la cuerda y tirando tres veces.

"Seguir disfrutando de momentos inolvidables y felices con Urtzi" pensó Maialen y luego dijo:

—Te toca, pide tu deseo.

Urtzi tiró sus tres veces correspondientes. "Sabiduría para mantener a Maialen a mi lado, no dejarla escapar." se dijo a sí mismo y visualizando en su mente el lobo que llevaba tatuado en el pecho.

Luego se sentaron a contemplar el mar chocar contra las rocas de la isla y Urtzi comentó:

—Tendrás que darme otro beso, princesa, aquí donde estamos es otro castillo, Gaztelugatxe significa algo así como castillo de la peña, ¿no?

Maialen se le quedó mirando sin entender.

—¿Ya has olvidado el beso que me diste de sopetón en el castillo de Butrón?

Entonces, la chica lo recordó. Esa mañana, cuando le pilló dormido in fraganti...

—Eso está hecho, aunque espero que aquí no haya

ningún fantasma —dijo acercándose a su labios.

—Ahora no es el momento...—no pudo acabar la frase porque Maialen le besaba y él se dejó llevar sin pensar en nada ni nadie más.

Nota

Los lugares que aparecen en la historia son reales, pertenecen a la provincia de Vizcaya, Euskadi, no así los personajes y situaciones, aunque como en todos los sitios con mucha historia en su haber, corren leyendas, mitos y demás cuentos...que alimentan la imaginación...

Puedes encontrar imágenes preciosas tanto del Castillo de Butrón, Bilbao, Gorniz, Mungia y San Juan de Gaztelugatxe buceando en internet. No te decepcionarán.

Por último, espero que la historia de Urtzi y compañía te haya gustado y agradecerte que te hayas decidido a leerla. Si tienes ganas de más historias de fantasmas de las mías en este [enlace](#) las encontrarás.

¡Hasta la próxima!

Larrú.

